

# Reproducción

Tomo III, Nos. 43 y 44 — 15 de Octubre de 1920

Director: Elías Jiménez Rojas. — San José, C. R. — Ap. 230

---

---

## Falacias de la Historia

Por William Roscoe Thayer

Abreviado por E. J. R.

La historia debe penetrar hasta el fondo mismo de los acontecimientos, descubrir su causa determinante, dice el autor. Debe ser imparcial, honrada, justiciera. El historiador debe considerarse a sí mismo el custodio de los grandes hechos y atributos del pasado, dándoles eterno relieve. Pero uno de los peligros mayores que afronta el historiador es el de dejarse arrastrar por argumentos *a priori*. Menos puede afectar el criterio público, sin embargo, una parcialidad clara y honrada, que una imparcialidad vaga e imprecisa, ya que el lector, al examinar los hechos, puede deducir sus propias conclusiones. El concepto de que la historia general de los sucesos habrá de ceder el puesto al estudio particular de cada aspecto de la sociedad es erróneo; porque es muy difícil, si no imposible, formarse un criterio ante hechos aislados sin conocer el espíritu mismo de los pueblos. Pero este espíritu debe indagarse con altura, o de lo contrario el resultado será un fracaso, como ha sucedido a los alemanes al aplicar su propia psicología a los demás pueblos de la tierra.

---

WILLIAM ROSCOP THAYER nació en Boston, Massachusetts, 16 de enero de 1859; recibió su educación preparatoria en Europa, terminando sus estudios en la Harvard University. Ha sido redactor sucesivamente del *Philadelphia Evening Bulletin* y el *Harvard Graduates' Magazine*, y es miembro de varias sociedades científicas y literarias; es autor de *Confessions of Hermes*, 1884; *Hesper*, 1888; *The Best Elizabethan Plays*, 1890; *The Dawn of Italian Independence*, 1893; *Poems, New and Old*, 1894; *Throne-Makers*, 1899; *A Short History of Venice*, 1905; *Italica* 1908; *Life and Times of Cavour*, dos volúmenes, 1911; *Life and Letters of John Hay*, dos volúmenes, 1915; *Germany versus Civilization*, 1916; *Collapse of Superman*, 1917; *Theodore Roosevelt, an Intimate Biography*, 1919, etc.

Inter-América

**N**INGUNA ciencia ha quedado tan desacreditada en la horrenda guerra como la psicología que enseñaban y practicaban los alemanes. Hasta hace poco tiempo el mundo la consideraba como cualidad especial de aquella raza. Publicaban numerosos estudios acerca de la psicología del erótico y del neurótico, del equilibrado y del desequilibrado. Creían poseer en la psicología una llave que les franquearía las puertas del dominio del globo. La guerra vino a demostrar que se equivocaban desastrosamente, porque su llave les franqueó tan sólo el intrincado laberinto de las energías del pueblo alemán. Imaginaron que su política de terror obligaría a los extranjeros despavoridos a abandonar la defensa propia y a gemir y doblegarse servilmente ante la avalancha de las tropas teutónicas. Esto es, evidentemente, lo que habrían hecho los alemanes, si la situación se hubiera desarrollado a la inversa. Pero los belgas no se doblegaron ni gimieron; los franceses no depusieron las armas llenos de terror; los británicos, rígidos e impasibles, no solamente no sintieron

ni demostraron temor, sino que por largo tiempo parecieron ajenos al gran peligro que los amenazaba.

Esta revelación de la incapacidad de la psicología alemana para comprender cualquiera otra raza que no sea la teutona, afectará indudablemente su interpretación psicológica de la historia y la biografía, que la *Gelehrten* (clase intelectual) alemana nos ha estado recalcando durante más de medio siglo. Hay otra razón, a mi entender, por la cual debemos mantenernos en guardia contra la historia forjada en Alemania. Quizá estoy autorizado para hacer esta advertencia por el hecho de que he protestado siempre—desde que comencé a escribir para el público hará unos treinta años—contra el método alemán de enseñar la historia. Pude observar que cualquier método que deforma el tema—la historia, el más humano de los temas, porque estudia principalmente las pasiones, acciones y motivos humanos, y debe ser concreta, pues que los seres humanos no son seres abstractos—es, inevitablemente, un método errado. Observé también que la supuesta imparcialidad de que se jactan los alema-

nes era pura farsa en muchos casos. Ya intentara deliberadamente o no Mommsen glorificar en sus escritos sobre César el ideal prusiano del despotismo bajo un solo déspota, lo cierto es que aquello fué lo que hizo. Que von Sybel fuera el historiador cortesano de la casa Hohenzollern, es demasiado evidente para que exista la posibilidad de dudarlo. Freitschke, el más hábil de los historiadores alemanes modernos, y cuya influencia excedía a la de todos los demás, era tan imparcial como cualquier abogado de primera clase tratando de deslumbrar y convencer a un jurado. En el terreno de la imparcialidad, en consecuencia, no creía yo mucho en ninguno de los historiadores alemanes; y desde que la guerra puso de manifiesto que éstos, como otros profesionales, maestros y sacerdotes alemanes, trataban únicamente de germanizar el mundo para convertirlo en fácil presa de sus ambiciones, sentí que era mi deber el repudiar sus principios. Si la historia ha de elevarse al lugar que le corresponde entre los hombres, debemos depurarla de toda la corrupción que los alemanes le infligieron. Hacían

uso de la historia simplemente como una forma superior de impostura, practicada por el gobierno imperial. Pero como nuestro propósito es la persecución de la verdad y no la deificación de la dinastía Hohenzollern o la veneración de los *Junkers*, repito mi advertencia: Teniendo todas las razones para desconfiar de la psicología alemana, conforme se ha aplicado recientemente, debemos precavernos de aceptar la interpretación de la historia y la biografía bajo el prisma psicológico con que la presentan los modernos historiadores alemanes.

La psicología es, en efecto, un instrumento peligroso en la ciencia. Indudablemente es fascinadora. Podríamos casi calificarla de *ciencia camaleón*, tan subjetivas son sus conclusiones. Lowell observaba ingeniosamente que la idea de que la verdad se halla en el fondo de un pozo proviene de que cada cual ve reflejarse allí su propia imagen.

Hace poco que cierta persona que se dedicaba a interpretar la literatura según los principios de Freud, no tuvo dificultad alguna en demostrar que el verso de Longfellow, *I stood on the*

*Bridge at Midnight* (Me detuve en el puente a media noche), se originaba en una emoción sensual de que el autor se hallaba inconsciente. Todo lo que una mente sana puede inferir de tal aserción es que la doctrina de Freud está en peligro de ser excedida por sus mismos adeptos. Nuestros antepasados se consolaban con el mito del sol; pero también abusaron de esta creencia, y parece haberse hundido por el escotillón donde otra vez desaparecieron las teorías en boga.

Al censurar la interpretación moderna que los alemanes dan a la historia, no quiero decir, por supuesto, que deba prescindirse de la perfección y esmero con que se estudia en Alemania. Insisto, sin embargo, en que los alemanes no tienen el monopolio de la perfección y esmero.

Desde la época de Tucídides, todo historiador consciente ha deseado conocer la verdad y expresarla con tanta exactitud como fuera posible. Casi podríamos definir al historiador como un hombre apasionado por comprender algún episodio, alguna era o algún personaje histórico de los tiempos pasados.

Al escribir la historia, debemos mostrarnos tan estrictamente imparciales como lo permita nuestro temperamento; lo cual incluye no sólo el ansia de expresar la verdad sino el espíritu de justicia y el amor a la lealtad. Muchos grandes historiadores no han sido imparciales sin embargo. Carlyle y Macaulay, los maestros más notables de la historia en el siglo diecinueve, fueron parciales evidentemente; pero su parcialidad era honrada; no hacía nacer ideas falsas; en efecto, revela mejor la verdad de lo que lo haría una imparcialidad vaga y desorientada.

Uno de los peligros más generales que afronta el historiador cuando acomete la interpretación de la historia es el uso de argumentos *a priori*. A juzgar por el torrente de razones con que se nos ha inundado en los últimos tiempos, a propósito de la liga de las naciones y de los efectos que habrá de producir el tratado de paz, puede observarse claramente que las enseñanzas de la guerra, que debían hacernos desconfiar, ante todo, de los argumentos *a priori*, han sido perdidas para nosotros.

Consideremos por un momento la edad de oro de los razonadores *a priori* que florecieron en la década que precedió a la gran conflagración. Por todas partes se observaban síntomas bélicos. A pesar de las indicaciones y hasta promesas de otras naciones en el sentido de reducir la fuerza y preparación militares, Alemania rehusó enérgicamente adoptar esta medida, y no sólo aumentó su ejército, sino que se dedicó a crear una armada formidable. Demostró oficialmente, por sus intermitentes amenazas a Agadir y otros puntos, que intentaba llegar a la guerra, y sólo aguardaba el momento favorable para iniciarla. Sus publicistas, especialmente Bernhardt, publicaron libros destinados a enardecer las pasiones de los pangermanos y demostrar cuán fácil sería, si Alemania quisiera, conquistar el mundo, que era la misión que le señalaba el destino. Dos guerras, relativamente pequeñas en magnitud, pero terribles en fiereza, estallaron en los Balkanes; y, sin embargo, los observadores *a priori* continuaron entonando dulcemente como las sirenas, su canción de paz. En lugar de ver las cosas

como son, descubrirían teorías que habían convenido en calificar de reales y que corrían un velo entre ellos y la realidad. La necesidad de aquellos vastos armamentos, decían, era en verdad desoladora, y representaba una carga pesada para el pueblo y el desperdicio de muchos recursos; pero el hecho de sostener enormes ejércitos en pie de guerra era una garantía de paz. Las armas y máquinas de destrucción se habían perfeccionado a tal extremo que los hombres no podrían ni intentarían sostenerse contra ellas. Así, por maravillosa ironía, el demonio de la guerra, en su afán de hacerse irresistible, había hecho la guerra imposible en la práctica. De otro lado, consideraciones de orden social y moral preservarían la paz. El mundo hacía mejor con tal rapidez que casi podía apreciarse a la vista el desarrollo de la virtud. La caridad en sus diversas manifestaciones; el deseo del rico de socorrer al necesitado, del fuerte de consolar al afligido; el interés cada vez mayor de la comunidad por la salvaguardia general, por la difusión de los goces de la vida; el desenvolvimiento del espíritu de piedad por el sufri-

miento aun tratándose de los animales; todo esto, ¿no significaba acaso que las naciones no querrían prestar oídos en adelante a proposiciones bélicas? La guerra es la negación de la piedad, de la justicia, de la caridad, aun de la humanidad. Nos aseguraban que ningún monarca ni gobierno sería tan malvado para intentar tal crimen. Los inventos modernos, el transporte por mar y tierra; el comercio moderno, que facilita el intercambio rápido de los productos industriales de una nación; el moderno sistema bancario y financiero que liga los capitales del mundo entero con eslabones tan sensibles que responden al más ligero golpe del telégrafo, ahogarían el primer murmullo de guerra. El capital es solidario, el capital prospera en la paz.

Con tales seguridades, las naciones debían dejarse adormecer en la inacción, como sucedió evidentemente. Vivíamos en el mejor de los mundos, en donde jamás se produciría la guerra. No obstante, la guerra se produjo, una guerra horrible, atroz, sin paralelo en la historia. No necesito trazar las etapas que terminaron en la convulsión; pero los

observadores *a priori* deben a la humanidad la explicación de sus deducciones de inviolable paz, en medio de condiciones que hacían la guerra inevitable. A la observación del anciano Oxenstjerna (1) sobre la poca cordura con que el mundo es gobernado, podría agregarse otra acerca de la poca penetración de los supuestos estadistas. ¿Existe otra clase de profesionales que demuestre ignorancia semejante en materias de importancia primordial? Si se consulta a un médico o a un abogado eminente, las probabilidades son diez contra una de que dará una opinión válida; pero no sucede lo mismo con el hombre de Estado. Hágase la prueba más sencilla: pregúntesele si la guerra podrá producirse dentro de un período determinado. Si es honrado y sagaz, responderá que no lo sabe. ¿Cómo podremos calificar entonces a Lord Granville, quien, a principios de julio de 1870, anunció que la paz estaba asegurada y que no se presentaba la más ligera nube amenazadora en el horizonte? Sin embargo,

---

(1) Conde Axel Oxenstjerna, celebrado estadista sueco: nació en Fano, Suecia, el 16 de junio de 1583; murió en Estocolmo, el 28 de agosto de 1654.

en el mismo momento trabajaba Bismarck con todas sus fuerzas para desesperar, como él decía, al toro galo, blandiendo ante sus ojos la bandera roja. Bismarck intentaba provocar la guerra, a ser posible; pero ni aun él podía afirmar con certidumbre que se produciría, porque no podía prever los absurdos errores del gobierno francés. El hecho principal es que estaba preparado a volver en ventaja suya todo error de los franceses, y que contaba con el poderoso ejército prusiano para apoyarle y atacar en el momento preciso que se necesitara.

Saber lo que desea y estar prevenido, son los atributos indispensables del hombre de Estado. Cavour decía en substancia:

 Si me preguntáis lo que sucederá dentro de un año o dentro de un mes, no podría decirlo; pero si me preguntáis qué actitud tomaría en determinada combinación de circunstancias, esto podría asegurarlo con certeza.

Difería en esto, como de Lord Granville, del doctrinario o del observador superficial.

En épocas anteriores, cuando los monarcas determinaban por sí mismos o

por intermedio de sus ministros las relaciones internacionales de los pueblos, era relativamente fácil aventurarse a predecir. Inglaterra y Francia tenían una política tradicional que encaminó por muchos años, con variaciones o digresiones incidentales, el rumbo de sus relaciones mutuas. No se necesitaron muestras externas acerca de la actitud que tomaría Luis XIV con respecto a Austria. Así, en la competencia de astucia entre Fernando de España, el emperador Maximiliano y Enrique VII de Inglaterra, encontramos indicios seguros que revelan su política respectiva. PERO EL DÍA QUE UN PARLAMENTO O UN CONGRESO PUEDE TRASTORNAR LOS PLANES DE UNA NACIÓN, LA SOMBRA DE LA INCERTIDUMBRE SE HACE MÁS OPACA. Los representantes a congreso apoyan o rechazan a menudo leyes, por razones que nada tienen que hacer con las ventajas o desventajas de la ley en sí. Esta es una de las penas, si queréis llamarla así, de la democracia; pero creo, que a la larga, la democracia resulta mejor instrumento para realizar los altos fines de la civilización, que una autocracia sin restricciones. Aumenta, indudable-

mente, la carga que pesa sobre los hombres de Estado, demandando cualidades innecesarias en otro tiempo. Cavour, Lincoln y Roosevelt tuvieron que persuadir al congreso a que apoyara sus medidas, antes de lograr que fueran adoptadas por Piamonte o por los Estados Unidos. Muy diferente fué la tarea de Olivares o Richelieu, de Mazarino o Metternich.

Estas reminiscencias me impulsan a mirar con escepticismo muchas de las aseveraciones, promesas y demostraciones con que hemos sido acribillados por los partidarios y opositores de la liga de naciones y del tratado de paz. Confío en que mi escepticismo es saludable y mi desconfianza justificada. Mas, ¿quién tiene el derecho de sentirse tan poseído de ciertas cosas como las personas que arguyen con tanta vehemencia sobre cada punto en discusión? Lo que sea, habrá de decirlo el porvenir, y nada podemos augurar de cierto, fué de que el futuro será el presente en algún tiempo. Es como imaginar a un maestro de dibujo que pidiera a sus alumnos diseñar y colorear las nubes de una puesta de sol en el próximo ju-

nio. Esta comparación acude a mi pensamiento siempre que escucho la diversidad de pronósticos. No intento ridiculizar el hábito que tenemos de edificar castillos en el porvenir. Hay ciertos caracteres aparentemente fijos en la naturaleza humana, como en el orden natural, caracteres sobre los cuales contamos instintivamente. El sol se levantará mañana, las estaciones se sucederán en su curso inmemorial y con ligeras variaciones; pero no es posible aplicar nuestra fe en la continuidad de tales circunstancias a las vagas, elásticas e imprevistas combinaciones de la política.

No sé si compadecer o envidiar a aquellos que se sienten tan seguros de su posición en el universo. La omnisciencia debe de ser una ilusión deleitosa para sus víctimas, aun cuando en ocasiones les sirva de estorbo. Yo me imagino a mí mismo con modestia como la araña que tiende su tela de una rama y se mece al extremo, alargándola más y más tratando de llegar al suelo o de encontrar otra rama donde afirmar la extremidad inferior de su tejido. Como resultado de esta limitación, au-

menta mi escepticismo al escuchar las discusiones de los defensores y antagonistas del tratado de paz y de la liga.

No obstante, creo firmemente que existen ciertos principios que, humanamente hablando, pueden considerarse inmutables. El espíritu de justicia puede tomar diversas formas al exteriorizarse, pero no cambia en esencia. Así la lealtad, la benevolencia para con los semejantes, la abnegación de sí mismo son elementos permanentes en la naturaleza humana, como el hierro y el oro y el oxígeno son elementos en el mundo de la química. Si tales elementos se encuentran en el tratado o en la liga, nada podrá oponerse a la aurora de la utopía; si no existen, será tan imposible alcanzar paz como sería tratar de fabricar cuerdas con arena.

Después de esta confesión de nuestra incapacidad de penetrar el porvenir, ¿se me acusará de falta de lógica por declarar que la historia adquirirá interés creciente y vital no sólo para los sabios, no sólo para los aficionados inteligentes que a favor de una buena obra histórica pueden recorrer el pasado sin abandonar su biblioteca, de igual

manera que con un buen libro de viajes pueden explorar el globo sin incomodidades ni fatiga, desde los trópicos hasta el polo? ¿No es un descrédito el que, a pesar de conocer la historia política de los pueblos más avanzados durante un período de casi tres mil años, no hayamos extractado el conocimiento esencial de los principiantes en este arte? Podéis argüir que “la historia no se repite;” y es indudable que no pueden repetirse, en combinación posterior, todas las circunstancias de acontecimiento alguno; pero el punto capital puede repetirse una y otra vez. El embustero quizá no repita dos veces la misma mentira; pero sería posible, con todo, para la persona que escudriña el arte del embuste reconstituir la verdad mediante el estudio de cierta clase de falsedades.

Hablando de enigmas, recuerdo a los economistas y a los hombres versados en la estadística, a quienes me refiero, sin embargo, con el respeto debido a sus grandes servicios, y a quienes el ignorante debe rendir el homenaje correspondiente a esferas de conocimiento por donde jamás se ha aventurado.

Los economistas han llegado a ciertas conclusiones a propósito de la ley suntuaria, la inflación, las tentativas de fijar una escala máxima y mínima de precios, cuya observancia debería prevenir la repetición de locuras y desastres económicos y financieros. Los antiguos reyes de Francia, cuando se veían en apuros pecuniarios, estampaban su nombre en tiras de cuero que obligaban al pueblo a aceptar en vez de monedas de oro y plata; sistema que no hacía sino retardar la bancarrota. Medios igualmente absurdos, aun cuando no exactamente similares, se han llevado a cabo este año en los Estados Unidos. ¿Por qué no se nos ha enseñado a sacar partido de los errores del pasado? Los habitantes de una playa donde existen peligrosos circuitos de arena movediza, no se aventuran, generación tras generación, sobre aquella arena movediza; ¿por qué no aprendemos con el ejemplo de nuestros antecesores a evitar los males del gobierno y la política?

Quizá la razón de que tan pocas veces se acepte la historia como guía y como advertencia, es que casi nunca se

pone de relieve la base moral de la política. Los políticos prefieren creer que la moral nada tiene que hacer con la política. En Alemania llevaban esta idea hasta el punto de que profesores y sacerdotes desarrollaron un sistema que escarnecía el concepto de que el Estado debiera sujetarse en modo alguno a la ley moral. Estaba en su derecho al hacer lo que juzgara conveniente; y los sabios piadosos campeones de tal sistema estaban tan alejados de la realidad, que no veían que, si bien el Estado es una entidad abstracta, sus gobernantes son seres humanos concretos. Estos doctrinarios se lisonjaban de haber descubierto el secreto de la *Realpolitik* o política práctica. Pero la moral es respecto de la política lo que el fondo rocoso de un arroyo es para las aguas que corren en su cauce; y cuando la historia esté escrita en forma que revele no sólo la espuma de los acontecimientos, a menudo confusos, que resbalan rápidamente en la superficie, sino la base permanente que encamina su rumbo, merecerá y recibirá atención más seria. Entonces sus generalizaciones adquirirán mayor peso; y las verda-

des que se desprendan del cuadro, envueltas ahora en ambiguos proverbios o fantásticas tradiciones, tendrán un valor definido.

Jamás debemos franquear las puertas a quienes pretendan inyectar el espíritu de la escuela dominical en la interpretación de la historia, espíritu censurable por tres razones: primera, porque crea un mundo engañoso haciendo concebir que es verdadero; segunda, porque convierte a los historiadores en embusteros santurriones; y luégo, porque pervierte a los niños que leen tales libros, volviéndolos precoces pedantes. Todo aquel que observa la vida profundamente y tiene el talento necesario para describirla, no puede menos de manifestar que es asunto de muchas fases; pero esta revelación brota casi inconscientemente y no con propósito deliberado.

Dedicarse a descubrir un objeto determinado en los libros es echarse a caza de desengaños. Recuerdo haber leído un libro escrito por un crítico de Shakespeare, quien quería probar que el célebre dramaturgo intentaba desarrollar una idea moral en cada una de

sus piezas. El crítico probaba su aseveración con gran habilidad, por no decir con sorprendente destreza intelectual, hasta que llegó al análisis del *Othello*; entonces admitió que se veía perplejo para encontrar razón que justificara el asesinato de Desdémona, quien no era culpable de crimen alguno que mereciera el castigo capital. Al cabo brotó un rayo de luz iluminando sus perplejidades de crítico. ¡Shakespeare hizo morir a Desdémona porque era culpable de un matrimonio híbrido! Tengan en cuenta los historiadores la advertencia; retráiganse de mezclar las falsas normas de una ética bastarda con la verdad de los hechos. Esto sí que sería, en verdad, una combinación híbrida digna de morir por la estrangulación.

Otro error, demasiado viejo para llamarle moderno, se ha hecho revivir últimamente, siendo usado en tantas partes y por tan gran número de personas, que evidentemente aquellos que lo emplean lo juzgan eficaz a despecho de ser tan antiguo y a las claras especioso. Debemos mencionarlo, por lo tanto, siquiera sea de paso. Su mecanismo es tan simple como el de una

escopeta de juguete para los niños pequeños. El razonamiento, si podemos honrarle con este nombre, es como sigue: si la misma cosa sucede a dos personas, éstas deben ser, por ende, semejantes. Recientemente oí a cierto distinguido publicista argüir que Washington, Jefferson y Lincoln habían sido vergonzosamente ultrajados y mal comprendidos por sus contemporáneos; pero que el tiempo ha transformado este concepto, y ahora se honra la memoria de los tres. El presidente Wilson es ultrajado y mal comprendido por algunos de sus contemporáneos; de consiguiente, Wilson y Washington y Lincoln son semejantes, poseen dotes iguales.

Aquellos de nosotros que no alcancemos a vivir cincuenta años más, no podemos adivinar lo que el baño de inmunidad del tiempo hará por la fama de Mr. Wilson; pero mientras estemos vivos podemos protestar contra esta necia lógica y reirnos tanto como protestamos. Pongamos la figura en otra forma: tanto el león como la sierpe tienen dos ojos; luego, el león y la sierpe son similares. Dos hombres reman en

una canoa que se vuelca y ambos se ahogan; por consiguiente los dos hombres tienen cabello rojo. ¿Por qué ha de sorprendernos que la lógica haya caído también en el caldero de la fusión, en esta época agitada? ¿Por ventura no ha caído todo lo demás? Las normas de la música, de la pintura, de la poesía, comenzaron a derrumbarse muchos años antes de la guerra; los ideales de justicia, de humanidad, de equidad se han echado a los vientos; el bolshevismo se ha predicado abiertamente en la nación, y, ¡avergüenza el decirlo!, profesores pervertidos e intelectuales degenerados han sido sus profetas. La bestia primitiva y gigantesca se ha desprendido de su envoltura humana como se desprende la serpiente de su propia piel; y nos encontramos frente al *yo* aborigen, el *yo* insaciable y sin remordimientos, criatura provista de garras, colmillos y eslabones, que niega a su Dios, niega las leyes y el derecho, y busca solamente la satisfacción de sus apetitos y de su crueldad.

Entre disgregación semejante, ¿cómo podía salvarse la lógica? La lógica es el sistema de pensar que los hombres

razonadores han ido desarrollando a través de las edades. Si prescindimos de la lógica, no tendremos campo de reunión con aquellos que todavía razonan. La lógica une la mente de los hombres en el proceso del pensamiento. Une a los pensadores racionales de hoy con los pensadores del pasado y con todas sus producciones e ideales. Los bolshevistas han decidido abolir a Dios; podían abolir del mismo modo la tabla de multiplicación o el teorema binomio, de los cuales conocen muy poco más que de Dios. Palabras aturdidas, que no están gobernadas por la razón, nada cuestan ni nada crean, a no ser el caos. La ley universal, que suponen haber abolido, sirve de base al mismo caos y hará renacer el orden. La lógica se resiste también a la destrucción. ¿Es posible acaso destruir la ley de la gravedad que hace caer la bellota de la encina o la piña del abeto?

¿No debían entonces los historiadores, cuyo dominio es el pasado, considerarse los defensores obligados de los grandes hechos y atributos de la naturaleza humana que se han revelado en el pasado, convirtiéndolos en permanentes, hasta

donde sea posible a lo que es humano? No me refiero a las creencias, la política, la sociedad o el arte: podemos considerar estos hábitos como el viaje de los buques a puertos diferentes; pero las leyes de navegación a que estos buques obedecen son las mismas en todo tiempo. Así invoquemos la lógica en todo caso y rechacemos cualquiera tentativa en su contra. El ejemplo que cité antes, en el cual, usando de lógica falsa, se eleva al Presidente Wilson al mismo nivel que Washington y Lincoln, demuestra el poder de los inconscientes para extraviar y de los arteros para engañar. El Presidente Wilson puede ser igual y aun superior a Washington y a Lincoln, más de ninguna manera por la razón aducida; y es atacar la inteligencia del pueblo americano suponer que tales argumentos obtengan crédito.

Terminaré esta lista de falacias refiriéndome a la predicción hecha recientemente de que pronto dejará de escribirse o de leerse la historia propiamente dicha. Estimables hombres de ciencia, profesionales reconocidos en el campo de la historia, sostienen esta opinión; y, sin embargo, no puedo dejar de creer que

son víctimas de una falacia. Tendremos, dicen, una historia especial de política, de sociedad, de finanzas, de industria, de crímenes, de religión, de transporte y de todos los diferentes aspectos de la vida; pero no se intentará considerar a un pueblo o a una nación como entidad independiente que tiene vida propia y continua. ¿No equivale esto a decir que se abolirá la anatomía, el estudio del cuerpo humano en la adaptación y coordinación de sus diversas partes y funciones, y solamente se llevará a cabo una investigación detallada de cada una de sus partes por separado? En lugar del título «Anatomía», los títulos de esta ciencia serían entonces «Píloro», «Glándula tiroides», «Clavícula», y cada una de las vértebras de la espina dorsal tendría un volumen especial. ¿Creéis que esto sea posible? Y si fuera posible, ¿sería deseable? Si despojáis a un árbol de todas sus ramas, y, después de haber estudiado cada rama, estudiáis cada brote, ¿conoceríais realmente el árbol sin haber examinado su tronco? Creo que no.

Sostengo, en consecuencia, que la historia propiamente dicha perdurará tan

largo tiempo como naciones y tribus se asocien en una vida colectiva a través de la cual corre lo que podríamos llamar un argumento común, consecutivo y público. De allí pueden radiar tantas diferentes funciones e intereses como se quiera y tener cada uno sus crónicas especiales. Quien piense de otra manera y profetice que los elementos de la historia se dispersarán y disiparán muy pronto, es como aquel que dedicara su vida a estudiar al ratón y declarara que el orden de los mamíferos debería considerarse extinguido.

He tocado ligeramente aquí diversas materias que la guerra ha puesto de relieve y que tienen mayor o menor conexión con las relaciones de la historia con la vida. He tratado de considerar al historiador amplia y liberalmente, midiendo su esfera por el alcance de sus ideales. No deseo implicar el menor desdoro para los sabios y expertos de la historia que limitan su misión al escrutinio de algún tema insignificante. Esto es muy laudable también, siempre que el labrador se interese tanto en el campo que cultiva y lo escudriñe tan profunda y completamente que nadie

pueda disputarle terreno, y cualquiera que siga sus huellas pueda contar con sus datos como hecho establecido.

Pero, del mismo modo que las ideas están sobre los hechos, la interpretación está sobre la información. No debemos catalogar solamente las impresiones y acontecimientos que fluyen sobre nuestra conciencia sin solución de continuidad; debemos tratar de descubrir el significado de la corriente. Hasta el más rígido agnóstico, para quien todo sendero se pierde en las regiones de lo desconocido, abarca por lo menos un radio suficiente para formarse un credo que le sirva de guía en el laberinto de lo desconocido. Para Sócrates existía también lo desconocido; pero, a fuer de sabio, nunca se sintió descorazonado ni alarmado.

Si nuestro barco naufraga en el mar de la vida, debemos construir una balsa y surcar las aguas de la mejor manera posible, sin dejarnos abatir jamás,

decía. No debe ser menos intrépido, por cierto, el espíritu de los historiadores.

La interpretación a que me refiero no se encontrará fácilmente ni a poca costa: no debe ser parcial ni invocar princi-

pios especiales bajo ningún disfraz; no debe ser protestante ni católica romana, mahometana ni hebrea. Conforme el historiador se haga más sutil, verá con mayor claridad las sutilezas de la vida, y su historia será más sutil en la misma proporción.

Durante el último medio siglo hemos descuidado, en nuestros esfuerzos por llegar a la precisión e imparcialidad—cualidades indispensables en toda historia digna de su nombre,—otras cualidades muy necesarias en toda obra perfecta. Se nos ha repetido con insistencia que, escriba como quiera un hombre o pre-ente sus hechos en cualquiera forma, siempre que el lector descubra los acontecimientos entre la maleza del historiador, éste habrá cumplido su misión. Esta doctrina de escribir obscura o desaliñadamente se condena a sí misma, y aun cuando algunos la practican todavía, ninguno la elogia. Siendo la palabra el instrumento mediante el cual cambian ideas reciprocamente los seres humanos, ¿habrá alguien que mantenga que un tartamudo es el mejor exponente?

---

# ¿En qué consiste la superioridad?

(Extracto de un artículo del periodista americano FRANK CRANE)

El mundo siempre ha creído en la desigualdad de los hombres.

Y aquello que la humanidad ha creído durante miles de años, y continúa aún creyendo, generación tras generación, debe encerrar algo de verdad. Las mentiras puras no viven largo tiempo; hay que salarlas con verdad para que se conserven.

Siempre hemos tenido nuestras aristocracias.

Jesús mismo dijo: «Estrecha es la puerta y angosto el camino... y pocos serán los que lo encuentren».

¿En qué consiste, pues, la superioridad?

No consiste en la posición que Ud. ocupa, ni en el dinero que Ud. tiene, ni en los trajes que lleva, ni en ninguna cosa semejante. Esto es tan obvio que no admite discusión.

¿Quiénes son los verdaderos elegidos?

¿Quién es aquel que se distingue entre ciento?

El hombre Superior se distingue por estas marcas:

1.—Es espiritual. Hago uso de esta palabra con todo cuidado. No quiero decir que es santo o poético o que desdenea trabajar con las manos.

Lo que quiero decir es que sus placeres son sobre todo mentales.

El arte de vivir consiste en la cuerda selección de las satisfacciones. Si escogemos las carnales, éstas no duran, y acabamos por sentirnos fastidiados y miserables. Si escogemos las más elevadas, las encontramos más permanentes y cada vez más interesantes. Así, pues, la cuestión se reduce a si desea Ud. ser feliz por corto tiempo o por toda la vida. El hombre superior sabe ser dichoso durante toda su vida.

La mente y la conciencia son los últimos productos de la evolución. Si los placeres de Ud. yacen en la mente, puede Ud. decir con un filósofo moderno: «Tengo un grado de existencia por lo menos diez veces más grande que el de los otros; es decir, existo diez veces más».

¿Qué le gusta a Ud. más? ¿La cerveza, la carne, el sueño, la comodidad indolente, el baile, la caza? ¿Es la privación de estas cosas lo que más le irrita a Ud.? ¿Se enoja Ud. cuando no puede disfrutar de lujo, de trajes vistosos, de prominencia y de otras cosas semejantes? Pues bien, así es todo el mundo. No necesariamente malo, sino, simplemente, vulgar.

Pero ¿le gusta a Ud. la Mona Lisa, o la Balada de Chopin, o los escritos de Walter Pater, o una nueva idea, o un bello bosque, a tal grado que estaría dispuesto por ellos a perder una comida, o a dejar de ser presentado a un embajador? Si así es, regocíjese, pues va Ud. por la senda estrecha, y pocos son los que la encuentran. Ud. puede tener muchos defectos, pero no es Ud. vulgar.

II.—Las personas Superiores gustan de la sencillez. El vulgo gusta de la ostentación. ¿Qué le produce a Ud. mayor goce: el ver una columna griega limpia y esbelta, o el dorado esculpido de un teatro de Nueva York o de un hotel de París?

¿Le gustan a Ud. los trajes, los sombreros, los zapatos, las joyas y los per-

fumes costosos? Estos gustos pueden no ser malos, yo no digo que lo sean; pero, toda cortesana los tiene.

Un alma grande no podría absolutamente vivir en un palacio de mármol, y tener más cocineros, despenseros, *chauffeurs* y doncellas que dedos de las manos y de los pies. Un número mayor la sofocaría.

Mientras más verdadera cultura adquiere una mujer, menos le gustan las plumas. Aborrece todo sombrero o vestido que llame la atención.

El lenguaje de la persona Superior es sencillo. También lo son sus hábitos, su alimentación, sus diversiones.

Si Ud. es dado a las corbatas llamativas, al uso de palabras raras y a las maneras afectadas, a comidas costosas y a lujos de todas clases, no está Ud. solo—todas las sirvientas y mozos de establo en el mundo participan de sus gustos, aunque tal vez no de su habilidad para satisfacerlos, y Ud. es vulgar.

Sócrates, Budha y Jesús son, según opinión común de la humanidad, Superiores. No todos nosotros podemos alcanzar su grandeza de alma; pero

podemos gustar de lo que ellos gustaron, de la sencillez de vida, de pensamiento y deseo. Y si no, perteneceremos al *ignobile vulgus*.

III.—A las personas Superiores les gusta servir. El vulgo gusta de ser servido. La dama que debe llamar a la doncella para que cruce la habitación y le traiga su abrigo, el caballero cuya alma se ensancha cuando el sirviente le entrega su sombrero y su bastón, no son raros; sus gustos son los de las masas, son gustos ordinarios.

Aun al rústico más común le gusta que le laven los pies; el Hijo de Dios lavó los pies de sus discípulos.

Este instinto de servicio, esta alegría innata de hacer algo en beneficio de otros, es el corazón mismo de la cortesía, de lo que llamamos buena educación. Aparece de manifiesto en las pequeñas atenciones, tales como ceder el asiento a una señora en el tranvía, levantar y consolar al niño que ha tropezado, escuchar cortésmente al que nos habla, y en todo el aire de deferencia y de respeto que distingue al caballero.

IV.—La persona Superior está por encima de sus placeres. Tiene placeres, como los tiene todo el mundo. Gusta de comer, y distingue entre un bife bien cocinado y otro que no lo está; gusta de beber, aprecia el sabor de la buena leche y del excelente café; gusta de jugar a la raqueta, de pasear en automóvil, y del teatro, y de la música y del arte. Pero lo importante está en que por intenso que sea su placer en cualquiera de estas diversiones, ninguna de ellas es más grande que él mismo.

El hace uso de ellas. No se deja conducir por ellas de la nariz. Si el amor al dinero, la pasión del amor, el incentivo del juego o el placer de cualquier clase de diversión, lo arrebatan a Ud. y lo dominan en vez de ser Ud. quien dirige, pertenece Ud. a las masas, es Ud. vulgar.

¿Puede Ud., mediante un fuerte deseo, sacrificar una querida ambición, negarse a sí mismo posición, fama, dinero, amor, aun la vida misma, en aras de un noble principio? Si puede Ud. hacer esto, es Ud. una persona superior. Pertenece Ud. a la nobleza.

V.—Las personas Superiores no son nunca pesimistas: Si Ud. cree que es Ud. un fracasado, que el mundo va derecho a su perdición, que todos los hombres son embusteros, y que no hay mujeres buenas, todo esto es enteramente humano, ésa es la tendencia, la inclinación general de la mente vulgar y ordinaria.

El pesimismo es la filosofía del vulgo. Equivale a vestir con bellas frases la cobardía del espíritu.

Maeterlink dice que para el héroe no hay tragedia. No importa cómo el mundo y los sucesos conspiran contra él; él surge por encima de ellos. Los amigos pueden traicionar, las autoridades tiranizar, y los malos triunfar, pero nada de esto puede afectarlo.

Consideremos, por ejemplo, la muerte de Sócrates. Si leemos la historia de cómo fué envenenado, de su conversación con sus amigos en los últimos momentos, y nos penetramos del espíritu del antiguo héroe, nos sorprenderá ver cómo no nos inspira compasión; más bien lo envidiamos; y compadecemos a los malvados que le causaron la muerte.

Tampoco compadecemos a Jesús en el calvario. Su sacrificio nos causa admiración y asombro. Mientras más es objeto de la ferocidad, la ingratitude y la injusticia de los hombres, más intensamente brilla la flama de su espíritu imperial. No lo miramos con compasión, lo admiramos y lo adoramos.

Tampoco compadecemos a nuestros infantes de marina que murieron en el Bosque de Belleau. En lo íntimo de nuestros corazones deseamos haber estado allí; o haber sido lo suficientemente grandes para desearlo.

¿Se desespera Ud. y se queja en sus visicitudes? ¿Se compadece de sí mismo y desea que nunca hubiera nacido? Tales sentimientos son tan comunes como el polvo en el camino, las cizañas en los matorrales y las latas vacías en los basureros. Si Ud. los abriga, es Ud. vulgar, y debe empezar un curso de disciplina.

Pero, si cuando todo se combina para anonadarlo y humillarlo, cuando el fracaso lo mira de reojo, y la traición lo denigra; sonríte Ud. y dice:

«Ante las crueles garras de la suer-

te jamás he retrocedido ni llorado; tras de los golpes del destino mi faz está sangrienta, pero erguida».

Entonces, regocíjese, amigo mío, Ud. pertenece a los elegidos. Ud. ocupa un asiento en la verdadera Casa de los Lores de la humanidad.

VI.—La persona Superior es limpia: Puede estar sucia, pero no le gusta el desaseo. Puede verse obligada a ensuciar sus manos en la mina y a manchar sus trajes en la máquina, pero aprovecha la primera oportunidad para limpiarse.

Ama la limpieza del espíritu tanto como la del cuerpo; la mugre no se le pega. No recuerda las calumnias. Evita la mentira, el engaño y la blasfemia.

Limpia su espíritu de la mezquindad, del orgullo, de la doblez y de la crueldad, lo mismo que se lava las manos después de manejar la basura.

Sus pensamientos son puros y optimistas. Sus pasiones mesuradas y honestas. Sus palabras edifican y su compañía refresca como las aguas de tranquila fuente.

No solamente es limpio, sino que

hace que uno se sienta limpio en su compañía.

VII.—El verdadero aristócrata no gusta de la ostentación: No desea que nadie lo crea más inteligente, mejor o más capaz de lo que realmente es.

¿Le gusta a Ud. hacer buena impresión, ser adulado, tener gente que le diga que es Ud. más ingenioso y hábil de lo que en realidad es? Si así es, hay muchas personas de su mismo gusto, pues ese es el gusto de la multitud que camina por la senda amplia. Yo no digo que sea Ud. malo, pero es Ud. vulgar.

El hombre Superior no desea tal cosa. Le apena el ser elogiado en demasía. La adulación no lo complace, lo humilla.

El oculta instintivamente sus virtudes, lo mismo que su desnudez. Si se le descubre en oración, se sonroja. La elección a un alto puesto, la recibe serenamente. La adquisición de riquezas viene siempre acompañada para él de la sensación de responsabilidad. Si alcanza fama como artista, como soldado, como ingeniero, como escritor, le es difícil creer que no se

deba en gran parte a la suerte. Rehu-  
ye el elogio, y resiste la crítica.

VIII.—El hombre Superior es bené-  
volo: La benevolencia no es el atri-  
buto de la debilidad, sino de la fuer-  
za. Es el nene quien grita; es la con-  
ciencia de la debilidad la que amena-  
za; es el hombre de vocabulario defec-  
toso el que blasfema. Siempre, y en  
todas partes, la rudeza, la brutalidad,  
el tono dominante, el abuso y la vio-  
lencia son la máscara de cierta im-  
potencia.

Todo ruido es desperdicio. El sol  
silencioso es más fuerte que el torbellino.  
Los ruidosos telares son tan débiles  
que la devanadera puede pararse con  
el dedo; pero en el sótano de la fábr-  
ica, la enorme máquina, que mueve su  
brazo quedamente como un gato, aplas-  
taría como cáscara de huevo a quien  
se atreviera a estorbarla.

Es muy significativo el siguiente pa-  
saje de la Biblia en que Dios Omnipotente se revela a Elías en la cueva de  
la montaña. Dice así:

«Y hé aquí que un grande y fuerte  
viento desgarró las montañas e hizo  
pedazos las rocas ante el Señor; pero

el Señor no estaba en el viento. Y después del viento, el terremoto; pero el Señor no estaba en el terremoto. Y después del terremoto, un incendio; pero el Señor no estaba en el incendio. Y después del incendio, *una débil voz.*»

La verdadera dama habla en voz baja. El verdadero caballero nunca farronea.

El rasgo característico más saliente, tal vez, de los Superiores, es su sosiego, su ecuanimidad. Tienen todos cierto aire de estrellas.

IX.—Los Superiores son humildes: mucho puede decirse en elogio del orgullo. No niego que tiene sus usos. Pero sí diré aquí una cosa acerca de él: es vulgar. El noventa y nueve por ciento lo tienen.

El Kaiser balandrón lo tenía, lo mismo que la mayoría de los potentados. El idiota del hospicio lo tiene. El ignorante y el patán lo tienen. Todo hombre que se embriaga lo tiene en grado enorme.

Entre menos motivo haya para enorgullecerse, más orgullo se tiene. Generalmente, no son aquellos que realizan grandes obras los que se llenan de

orgullo, sino los seres mezquinos que, por accidente, reciben alguna de las recompensas.

En un pequeño cementerio de Ecclefechan yace la tumba de Thomas Carlyle, un gran hombre de letras, y sobre la lápida está inscrita esta sola palabra, «Humilitate». Bajo esta noble protesta de humildad yacen los restos mortales de una de las más grandes almas de la tierra.

La humildad es dócil, y aprende de todo el que pasa. El orgullo no aprende nada; su propia imagen se lo impide. El orgullo es un mendigo que pide su limosna de elogio a la puerta de todo hombre. La humildad es de estirpe real, camina libre de temor y de favores.

Así, pues, si tiene Ud., verdadera humildad de corazón, cuenta Ud. por lo menos, con algunos de los elementos de la Superioridad.

X.—La compañía del hombre Superior nunca cansa, sea cual fuere el grado de intimidad. Cuente Ud. sus amigos y conocidos. ¿Cuál es la proporción de los que pueden pasar con éxito por la prueba de la intimidad? ¿Con cuántos de ellos desearía Ud. pa-

sar treinta días consecutivos en una vacación de verano? ¿Con cuántos de ellos desearía Ud. hacer un viaje a Europa?

Ud. se cansa de la mayor parte de la gente. A medida que aumenta su intimidad, la mezquindad de sus amigos aparece. Pero hay unos cuantos, posiblemente pueden contarse con los dedos de la mano, de quienes su opinión es cada vez mejor, a medida que estrecha sus relaciones con ellos. Estos son los Superiores, o al menos, tienen uno de los rasgos característicos de la superioridad.

Lo mismo sucede con las obras maestras. Un maestro difiere de los artistas comunes en que sus obras son cada vez más apreciadas. Puede oírse la Novena Sinfonía de Beethoven mil veces, y en la milésima vez gusta más que en las anteriores. Pero de las piezas de música vulgar, como «Good Morning, Mr. Zip Zip Zip», se cansa uno a la media docena de veces. La pintura llamativa de un programa de teatro se ve una o dos veces, y basta, mientras que a diario pueden encontrarse nuevas bellezas en las pinturas

de Abbey en la Biblioteca de Boston. El Paternón o la Catedral de Colonia adquieren más fascinación con el transcurso de los siglos, mientras que la casa churrigueresca del rico advenedizo en la Quinta Avenida degenera rápidamente, hasta llegar a ofender la vista.

El elemento central de la Superioridad, sea en el hombre o en sus obras, es la calidad de duración.

¿Dura Ud. en agradable compañía?  
¿Se le soporta?

---

## La Memoria

(fragmento)

Hay en toda adquisición de conocimiento, como en toda invención, (*¿aprender una cosa no es, desde el punto de vista de la actividad mental, lo mismo, en el fondo, que inventarla?*), un momento que llamaríamos milagroso, si no fuese porque las modernas teorías de lo subconsciente como almacén biológico, desde donde las cosas pasan, en un momento dado, al campo de la conciencia, parecen proporcionarnos una explicación aproxi-

mada, ya que no completa del fenómeno. Este momento, momento de gracia, separa de una manera casi brusca el estado de no posesión del estado de posesión del conocimiento de que se trate. ¿Tenéis presente lo que os ha ocurrido en cada uno de vuestros aprendizajes de una lengua nueva? Recordad, recordad. Hubo un día, una mañana, una hora, en que al tomar un libro, al comenzar una conversación, o simplemente al levantarnos, *os disteis cuenta de que sabías el francés, el inglés, el latín*. El día anterior, la noche precedente, la hora inmediatamente anterior, *no poseíais aún esa lengua*. Desde este punto en adelante, *la poseéis*. Entre la suma de los conocimientos acumulados hasta entonces y la suma de fuerza y facilidades que a partir de este instante sagrado, tendrá el sujeto a su disposición, hay una diferencia, y una diferencia decisiva. Es, diríase, el momento en que *se cobra el interés* del capital, interés de mil por ciento. En teoría el interés *corre* siempre, se produce siempre, pero de hecho hay un momento en que *se cobra*, en que éste

aumenta el capital, mejor dicho, en que torna *capital* lo que antes no era sino *dinero*. En teoría, la planta brota de la tierra por una acción continua; pero de hecho hay un momento, un momento histórico en que *hay* planta, en que *tenemos* planta. El niño *se forma* largamente; pero hay un minuto en que *nace*. Así es la invención. El sabio madura lentamente la invención que ha de venir; pero la invención en sí misma se realiza en el tiempo de un relámpago. Así en el cambio de espíritu religioso, en la conversión. La tempestad espiritual viene de lejos; pero la fe se adquiere en el tiempo de caer de caballo en el camino de Damasco. Así finalmente en cualquier aprendizaje: estudiamos días y días el alemán; lo sabemos en un minuto. Silabea el párvulo torpemente, tiempo y tiempo; una mañana se levanta sabiendo leer. Toda adquisición mental es, en rigor, una intuición. Pero la han preparado largos razonamientos. No es la intuición el efecto de los razonamientos: en vano buscaríamos en éstos causa eficiente para aquélla; pero ésta *es el premio* de

aquéllos, o tal vez mejor, el premio de la *actitud* que suponen aquéllos, como si dijéramos *la recompensa de la humildad* que ha tenido el razonador..... Sí; hay que empezar por lo exterior, hay que empezar por la *actitud*. Hay que abandonar todo orgullo. "Toma agua bendita,—diremos siempre con Pascal—toma agua bendita".

Lo que he llamado alguna vez «la paradoja de la invención» consiste en lo siguiente. De una parte: todo invento, todo descubrimiento científico es hijo de la casualidad. De otra parte: únicamente realizan invenciones serias, descubrimientos científicos, los sabios. ¿Hay aquí una contradicción? No. Volvamos siempre a la concepción psicológica periférica. La invención, el descubrimiento, no son un efecto de la erudición, del continuado estudio, de la actitud vital y aun profesional; pero son su *recompensa*, el milagro concedido a la larga humildad, y, únicamente a ella. La inspiración, la intuición genial, no es el efecto del razonamiento, pero le sigue. El mismo razonamiento no es un efecto de la memorización, no está determinado por ella, pero la sigue.

Y la memorización a su vez, sin que pueda decirse que sus causas sean el esfuerzo áspero, la disciplina, la lectura, el darse a cosas por las que aún no se tiene amor, sigue a todos esos *ejercicios* y nace también en el momento de gracia en que, después de haber reparado una cosa, dos, veinte, cien veces, se la recuerda. . . . Altiua señora es la verdad; no la poseerá nunca quien antes no se haya arrodillado ante ella.

Pedagogos, haced arrodillar, haced arrodillar. Para aprender las lenguas, aún no se ha inventado nada mejor que las gramáticas. Para aprender a multiplicar, aún no se ha inventado nada mejor que la tabla de multiplicar. Cuantos, bajo la inspiración del espíritu ochocentista y sometidos a la superstición de lo *espontáneo*, han querido llevar hasta su término la metodología de lo *intuitivo*, de lo *razonable*, de lo *atrayernte*, han debido confesar, si son sinceros, su fracaso. Ni en la obra de la enseñanza, ni en la obra de la educación puede prescindirse de una parte, aun mecánica, de memorización.

EUGENIO D'ORS